

HASELGROVE, C. y WIGG-WOLF, D. (eds.) (2005): *Iron Age Coinage and Ritual Practices*. Mainz am Rhein: SFMA Band 20, 419 pp. ISBN: 3-8053-3491-5.

En este voluminoso libro quedan recopiladas las doce contribuciones presentadas en el coloquio *Ritual dimensions of Iron Age Coinage*, celebrado en Durham en 2000 bajo la dirección de Colin Haselgrove e Imogen Wellington. Pero además el trabajo ha sido acrecido con otros artículos solicitados a especialistas que no participaron en dicha reunión (Aarts, Delestrée, Fitzpatrick, Geiser, Gruel, Nick y Van Heesch) con la intención de conseguir una más amplia cobertura geográfica. Finalmente la publicación se ha incluido en la serie *Studien zu Fundmünzen der Antike* de Mainz.

La obra se inicia con un extenso capítulo introductorio en el que los editores explican de manera concienzuda la estructura general y las líneas de investigación que han determinado la agrupación de los diferentes artículos.

Los tres primeros trabajos –William, Hunter y Creighton– analizan el significado de las imágenes que aparecen en las emisiones de la Edad del Hierro y el material usado para fabricar dichas series. En el primer artículo J. William (pp. 25-41) centra su análisis sobre los motivos conectados con el vino que aparecen en las emisiones británicas de fines del s. I a.C. y comienzos del s. I d.C. Suelen ser la planta –hojas de vid–, el fruto de donde procede –uvas– o bien vasijas utilizadas para beber o para verter libaciones. Esta iconografía sugiere que el vino pudo haber ocupado el lugar de otras bebidas alcohólicas y sustancias estimulantes en los ritos tradicionales. Al examinar algunos de los temas clásicos que fueron transferidos a las series británicas de la Edad del Hierro William identifica una serie de “desviaciones” de su significado original que implican que las imágenes fueron manipuladas para convertirlas, de manera cuidada y deliberada, en categorías cognitivas indígenas para que pudieran ser leídas por sus usuarios. Así los tipos no son meras copias de los originales griegos y romanos sino que están impregnados de un significado local. Además, según la frecuencia de las ánforas, a este período de fin del s. I a.C.-inicios del s. I d.C. corresponde una reducción en la cantidad de vino importado en Britania tras el marcado pico precedente de 25-10 a.C. Esta significativa restricción derivaría en un incremento de su deseabilidad y del valor ritual que se le atribuye y coincide con la frecuente aparición de los tipos vinarios en las series de Verica. El autor realiza una revisión crítica de la postura tradicional que interpreta la iconografía en clave clásica y apunta que la importación de bienes romanos no implica necesariamente la adopción de una práctica romana asociada. Además en el s. I a.C. en Britania se observan cambios evidentes que afectan precisamente a los rituales, sacrificios y monarquía, cambios que son independientes de las influencias romanas y que obligan a un cambio de perspectiva sobre unas relaciones que fueron más elásticas y cambiantes de lo supuesto hasta fechas recientes.

A continuación F. Hunter (pp. 45-63) incide de nuevo en la necesidad de identificar el significado de ciertos tipos monetales dentro de su propio contexto cultural y para ello compara las imágenes marciales que aparecen en las emisiones británicas de la Edad del Hierro con otras evidencias arqueológicas como los enterramientos

de guerreros y los depósitos de armas, con la intención de comprobar si la iconografía numismática refleja imágenes similares a las proyectadas en otras situaciones. Queda claro el predominio de los guerreros masculinos y que la ideología marcial constituyó un componente importante en el sistema social de esta etapa por lo que impactó significativamente en sus prácticas rituales. El retrato de la élite guerrera varía: jinetes portadores de lanza en las monedas y guerreros con espadas en los depósitos votivos y tumbas. El panorama representado en las monedas, aunque evocador, es parcial y por ello la interpretación de sus tipos guerreros debe ser cauta.

El artículo de J. Creighton (pp. 69-83) examina la percepción durante la Edad del Hierro del oro y las connotaciones que conlleva su utilización. En muchas sociedades tradicionales se ha considerado que el proceso de transformación de los minerales en metales entrañaba peligro y cierto carácter mágico. Pero además el oro gozó siempre de una consideración diferente y superior al resto de los metales ya que no se deteriora ni oxida y es fácil de trabajar. Esas especiales connotaciones convirtieron este metal en símbolo del poder tanto sagrado como profano.

Uno de los aspectos tratado en este trabajo es el cambio que se produce en el uso y función del numerario de oro y que Creighton considera están vinculados a la ideología y cosmología de estas fechas lo que le lleva a concluir que las series áureas locales debieron cumplir diferentes funciones no sólo por su gran valor sino por otras connotaciones y tabúes. Además el autor considera que las imágenes en serie de ciertas piezas de oro fueron generadas bajo trance inducido por las drogas y asociado a prácticas chamanísticas, y sugiere que los druidas podrían estar implicados en la formulación de las imágenes adoptadas para una emisión particular. Creighton plantea la sugerente hipótesis de que el grupo de emisiones de Verica está relacionado con un culto creado por la dinastía local gobernante y que muchas de las cabezas representadas, casi todas masculinas y en unos pocos casos femeninas, son probablemente deidades tribales, mientras que algunos tipos podrían corresponder a estatuas o figuras de culto. Incidiendo en la misma línea que en páginas anteriores hizo William (pp. 25-41), Creighton destaca que las imágenes de las monedas raramente son neutrales desde el punto de vista ideológico y que a menudo están cargadas de un simbolismo del que sólo encontramos atisbos en las fuentes escritas.

El siguiente bloque de artículos –de Jersey, Nick, Fitzpatrick y Hingley– se refiere a las diferentes posibilidades para distinguir los depósitos monetarios de carácter ritual de otros hallazgos y analizar los antecedentes culturales de estas prácticas. La intensidad y el carácter de los atesoramientos varía cronológica y geográficamente pero parece que en muchas áreas de Europa a fines de la Edad del Hierro se produce un resurgimiento de las deposiciones votivas que cuentan con una larga tradición europea desde fines de la etapa prehistórica.

El estudio de P. de Jersey (pp. 85-113) se centra sobre la mutilación de monedas de la Edad del Hierro en Britania y para ello examina dos depósitos recuperados en Hampsire en la década de los 90. El autor observa que este fenómeno no es habitual entre los objetos recuperados en los santuarios de Britania y de la Galia belga, salvo los torques de oro que, en ocasiones, aparecen doblados o fragmentados. Sin embargo, existen indicios de mutilaciones más frecuentes en otras áreas galas como el valle del

Mosela (*cf.* trabajo sobre Marberg). La explicación propuesta para este tratamiento destructivo ofrece dos vertientes: una de carácter práctico y otra de carácter simbólico. En el primer caso se trata simplemente de cortes de prueba realizados con el propósito de chequear el contenido metálico. Pero parece probarse también una segunda faceta que de Jersey califica de “desfiguraciones rituales” ya que el daño infligido a las monedas resulta excesivo y aparece siempre focalizado sobre una zona concreta de la cabeza humana del anverso. Resulta interesante la propuesta de un significado ritual para estas mutilaciones que se concentran de forma especial sobre las estateras de Durotriga. Sin embargo las evidencias contextuales de estos dos tesoros y la de otros lugares donde se ha encontrado moneda de Durotriga fragmentada no son lo suficientemente claras para identificar un patrón de circunstancias locales para documentar el motivo de la mutilación ni de los propios depósitos.

A continuación los artículos de M. Nick (pp. 115-155) y A. Fitzpatrick (pp. 157-181) analizan un fenómeno que conlleva tradiciones bastante diferentes a la hora de atesorar: la de los ocultamientos de monedas de oro y las que además incluyen torques. Entre las características comunes destaca la selección de las monedas con una iconografía específica, por ejemplo, con símbolos astrales. En aquellos depósitos en los que se incluyen torques se observa como rasgo característico que los torques raramente están intactos y ello se interpreta como símbolo del acto de compartir la ofrenda entre los mortales y la divinidad. A juicio de Fitzpatrick, la posibilidad de que exista una proporción metrológica entre torques y moneda, aceptando que ambos tuvieron una función similar, es altamente cuestionable en estas fechas. El autor considera que existe una vinculación entre esta fragmentación de los torques e incluso a veces del numerario que forma parte de los depósitos y la rotura ritual del armamento en los contextos funerarios. Otro problema discutido en ambos trabajos es la distinción entre lo sagrado y lo profano y la conclusión al respecto es que no podemos asumir que sagrado y profano expresen categorías mutuamente excluyentes en las sociedades de la Edad del Hierro en el mismo sentido en que lo son hoy.

Otra línea de investigación es la marcada por el trabajo de R. Hingley (pp. 183-205) que revisa la interpretación tradicional, de carácter funcional sobre los depósitos de lingotes de hierro en Britania. El volumen de lingotes es variable pero además también difiere el contexto arqueológico en el que se han encontrado y podrían distinguirse dos bloques en relación con el tipo de deposición: en la zona centro británica los lingotes aparecen en contextos directamente vinculados a los asentamientos fronterizos y parecen estar en relación con su definición y su mantenimiento. En el segundo bloque, los lingotes generalmente se depositan en localizaciones naturales tales como ríos, lagos, pantanos pero también ocasionalmente en templos y enterramientos. Es decir, los del primer grupo mantendrían un carácter funcional más relacionado con las fronteras entre pueblos y las estructuras del poder de finales de la Edad del Hierro, mientras que en el segundo grupo el acto de deposición puede reflejar las fronteras entre la vida y la muerte pero al mismo tiempo refleja también la fertilidad de la agricultura a través del arado y el poder militar a través de la espada. La diferencia del volumen es justificada por el autor en relación con

los dedicantes: Hingley sugiere que los lingotes aislados representan ofrendas individuales mientras que los grupos de lingotes ocultados juntos deben ser ofrendas comunales. El poder del ritual dependería en gran medida de la cantidad de material sacrificado.

El tercer grupo de artículos –Curteis, Wellington, Van Heesch y Holman– se refiere a la cuestión de la identificación de los lugares sagrados sin recurrir a argumentos de tipo circular. Así, por ejemplo, un aspecto a considerar es si la función de estos yacimientos se mantiene desde la etapa prerromana hasta la fase posterior a la conquista. Además resulta imprescindible evaluar la utilización exclusiva de criterios arquitectónicos a la hora de catalogar un centro religioso.

En su análisis de los hallazgos de emisiones de la Edad del Hierro en la zona sur de las Midlands M. Curteis (pp. 207-225) observa que su distribución no es casual y que cuando se aprecian concentraciones éstas no se producen en áreas destinadas a actividades comerciales. Las monedas se concentran en las entradas y en las zanjas que delimitan áreas destinadas a prácticas religiosas. Además su posición concreta dentro del contexto parece haber sido cuidadosamente pensada pudiéndose calificar de deposiciones deliberadas. Las monedas aparecen en la zona superior de las zanjas sugiriendo su empleo como colofón de ciertos ritos y su carácter votivo individual está enfatizado por los ricos materiales a los que aparecen asociadas –fibulas, joyas y artículos de tocador–. Pero además todo queda subrayado por la iconografía numismática ya que parece existir un vínculo entre los tipos de las monedas y los tipos de yacimientos. La aparición recurrente de ciertos tipos implica una conexión entre las imágenes de las monedas y sus usuarios y por eso algunas ofrendas que parecen tener escaso valor intrínseco pueden estar cargadas de un fuerte simbolismo. Curteis observa en el sur de Britania una preferencia marcada por los tipos guerreros que se encuentran generalmente en contextos aluviales, como los depósitos de armas; sin embargo, las monedas con esta iconografía están ausentes en los depósitos de las zanjas lo que permite asociarlas con divinidades agrícolas y ctónicas.

A continuación I. Wellington (pp. 227-245) se centra en la distribución geográfica de los yacimientos rituales del norte de Francia y comprueba la existencia de tradiciones votivas claramente diferenciadas. Con frecuencia en la literatura arqueológica se usa la denominación “Galia belga” pero eso no implica un carácter homogéneo para este territorio. De hecho, las tradiciones votivas preconquista son muy diferentes y el reconocimiento de esos patrones regionales tiene importantes implicaciones para conocer las sociedades de fines de la Edad del Hierro en esta zona. Así, en la llanura costera noroeste hay pocos indicios de lugares votivos centralizados hasta el período romano y los hallazgos monetarios, que son más tempranos y frecuentes en los *oppida*, no parecen haber jugado un papel significativo en las tradiciones votivas durante la Edad del Bronce. El área Marne-Meuse cuenta con pocas evidencias de lugares sagrados de la etapa preconquista y el vínculo entre enterramientos y prácticas rituales de ofrendas monetales es muy pronunciado. En la tercera zona geográfica, que comprende el valle de Aisne y el departamento de Las Ardenas hasta el sur de Bélgica, muchos lugares parecen haber sido ocupados durante períodos relativamente cortos. Ciertos *oppida* funcionaron como lugares votivos centralizados y la asociación de ellos

con los santuarios es sorprendente. Muchas monedas fueron recuperadas en largas zanjas acompañando a ruedas votivas, huesos de animales y escorias de fundición. En resumen, el uso de moneda aparece conectado con las prácticas votivas y las áreas que presentan una elevada incidencia de actividad votiva también cuentan con una mayor presencia de moneda.

J. van Heesch (pp. 247-263) analiza los depósitos de monedas célticas en Bélgica. Es una primera aproximación en la que el examen está realizado en función de la localización de los hallazgos: en ríos y contextos húmedos, en lugares elevados o en santuarios romanos. Concluye que ninguno proporciona evidencias concluyentes aunque su frecuencia en situaciones particulares parece sugerente. La mayoría del numerario céltico procede de contextos romanos aunque eso no implica que el yacimiento ya estuviese ocupado en la Edad del Hierro.

A través del análisis numismático de la zona sudeste de Inglaterra, concretamente del área de Kent, D. Holman (pp. 265-285) llega a detectar la existencia de diez fases en las aportaciones que difieren en función del metal y de la procedencia de las acuñaciones. Pero una de las aportaciones más interesantes de este trabajo es la advertencia sobre el peligro al interpretar las evidencias en la línea que nos parezca más conveniente, sin cuestionar a veces suficientemente su solidez. Es decir, antes de aceptar los hallazgos en zonas costeras o en las actuales riberas es necesario tener en cuenta otros factores como el proceso de erosión marítima o los cambios de los cursos fluviales. La percepción y categorización de los materiales acorde a nuestra percepción podría derivar en una interpretación anacrónica y errónea.

El bloque final está constituido por seis artículos (Geiser, Gruel, Delestrée, Roymans y Aarts, Wigg-Wolf) dedicados al estudio de las monedas ofrecidas en centros religiosos de áreas geográficas determinadas.

A. Geiser (pp. 287-299) nos ofrece una comparación de la facies monetaria del santuario de Grand-Saint-Bernard con las de los depósitos descubiertos en otros lugares de culto suizos. En este artículo la autora distingue entre emisiones regionales, foráneas y supraterritoriales y observa algunas diferencias marcadas en las proporciones entre cada yacimiento y a través del tiempo. En Grand-Saint-Bernard la cantidad de moneda exterior es importante y tal hecho debe guardar relación con su situación fronteriza, en el límite entre el territorio de los veragros y el de los salassos pero también en el punto central y más alto de los Alpes, a caballo entre el mundo septentrional europeo y el meridional. Se han constatado varios depósitos del s. II a.C. con joyas y monedas de oro y otros con monedas y armas, ambos con claro valor cultural. A fin del s. II y comienzos del s. I a.C., cuando la producción monetaria céltica crece y se diversifica –series de plata y bronce– los hallazgos se acumulan en el santuario y, aunque esta presencia se ha venido interpretando como un fenómeno tardío de aculturación, para Geiser constituyen ofrendas para invocar protección al dios Penino. Por esta misma interpretación abogan las inscripciones con la fórmula “*pro itu et reditu*” encontradas en el templo romano, que acreditan la hipótesis para el período posterior pero seguramente también para el precedente a la conquista. Las ofrendas parecen tener un carácter individual u oficial lo que justificaría la elevada presencia de series monetales foráneas y supraterritoriales en este punto fronterizo.

A continuación K. Gruel (pp. 301-319) desarrolla un estudio comparativo sobre los hallazgos monetarios en cuatro santuarios galos observando unas diferencias significativas entre los lugares de culto en Armórica y Normandía y los de la zona centro respecto al nivel de representatividad de determinadas emisiones. Sin embargo, la documentación utilizada no le permite asignar una función ritual o económica a los hallazgos.

Dentro de este bloque el trabajo de L. P. Delestrée (pp. 321-335) se centra sobre las emisiones galas recuperadas en los santuarios belgas. En esta ocasión los rasgos de la deposición difieren: muchos de estos hallazgos aparecen en superficie, dispuestos al azar o bien en fosas u hoyos aunque raramente presentan una disposición que parezca especialmente deliberada pero otros han sido depositados en contenedores –bolsas o monederos–. Quizás la propuesta más interesante del autor es la de que algunos santuarios debieron jugar una función más importante que la de simples receptáculos de ofrendas monetarias, basándose en el predominio absoluto de ciertas series de bronce y de plata, con presencias constatadas también en otros lugares pero más discretas. Estas circunstancias llevan a Delestrée a preguntarse cuál sería el papel exacto de los santuarios “con moneda” y especialmente el de aquellos cuyos lotes numismáticos son verdaderos “lotes aislados”. Consciente de que no disponemos de documentación escrita ni indicios materiales que apoyen la existencia de cecas estables en estos centros sagrados, propone la hipótesis de talleres itinerantes instalados temporalmente en estos lugares que justificarían la concentración de los hallazgos y el protagonismo de series concretas. Esta situación contrasta enormemente con la ofrecida por la zona este de Bélgica o la vecina Galia céltica donde los hallazgos de monedas y de cuños certifican que las emisiones tuvieron lugar en los centros urbanos. Pero en Bélgica los *oppida* están ausentes y además se han recuperado dos punzones en santuarios. A estos argumentos Delestrée añade la observación de lotes numismáticos que responden a dos tipos claramente diferenciables, lo que le permite distinguir entre “santuarios pasivos” que sólo reciben ofrendas y depósitos monetarios de origen regional y los “santuarios activos” donde aparecen numerosas monedas generalmente homotípicas que constituirían muestras de la producción local frente a una mínima proporción de numerario exógeno. De confirmarse su propuesta habría que admitir que estos santuarios jugarían no sólo un papel religioso sino también económico y político.

Otra de las regiones objeto de estudio en este libro es la del Rin inferior, donde gracias a los trabajos de la última década del s. XX ha sido posible identificar y excavar un gran número de yacimientos e incrementar el inventario de hallazgos numismáticos. Concretamente N. Roymans y J. Aarts (pp. 337-359) analizan la deposición de monedas en el santuario de Empel, ubicado en la zona sur de la *civitas Batavorum*. El examen de los hallazgos metálicos de este templo galorromano dedicado a *Hercules Magusanus*, divinidad protectora de los guerreros, permite reconstruir un modelo votivo vinculado con el ciclo de la vida de los soldados. El principal grupo de ofrendas de Empel se explica en relación con el estatus guerrero desempeñado en el ciclo de la vida por los hombres bátavos. La iniciación pública de los jóvenes al comienzo de la vida militar en el ejército romano habría estado acompañada por banquetes colectivos y comidas rituales y conllevaría

ofrendas individuales. Mientras servían en el ejército los soldados continuaron realizando ofrendas periódicas a las divinidades que les protegían en las batallas. El final del servicio militar habría estado marcado por otras dedicaciones tras las cuales los soldados retirados seguirían participando en los ritos anuales de paso para las futuras generaciones de guerreros. Así pues los bátavos que utilizan el santuario fueron una mezcla de soldados activos junto a veteranos retirados que regresan a la vida civil. Todo parece sugerir que la moneda fluyó en esta zona con mucha más intensidad de la que se había supuesto hasta ahora, pero su dispersión y función ilustran una introducción gradual de los usos monetarios en la sociedad báltava derivada de una estrecha interacción entre el estilo de vida romano y el nativo en el contexto del ejército. En ese proceso de interacción el santuario de Empel constituyó un punto fundamental.

D. Wigg-Wolf (pp. 361-379) analiza las ofrendas de monedas en varios santuarios de la región del Mosela, en Alemania y Luxemburgo, y propone una valoración de los cambios en las prácticas de deposición a medida que estos centros religiosos evolucionan. Para ello elige los yacimientos de Marberg, Karden, Möhn y Bastendorf, todos ubicados en el área donde se asume que estuvieron asentados los Treveri. Este pueblo entra en el registro histórico de la mano de César *circa* 50 a.C., más o menos al mismo tiempo que entra en funcionamiento Marberg, el más temprano de los cuatro santuarios citados. Todos corresponden al típico modelo de *locus sacratus* con peculiaridades geográficas que guardan un significado ritual o cultural: Marberg ocupa el punto más elevado de una meseta directamente sobre el Mosela, Karden está en la ribera del río, Bastendorf en la cabecera de un valle en el límite con Las Ardenas y Möhn, junto a un manantial, en la cima de un valle. Tras examinar las características compartidas y diferenciales de cada uno de ellos el autor centra su interés en la distribución espacial y el volumen de los hallazgos monetarios dentro de cada santuario observando notables diferencias: así, por ejemplo, en Bastendorf no aparecen en las construcciones de fines de la Edad del Hierro pero son frecuentes en las estructuras posteriores mientras que en Marberg las ofrendas monetarias se concentran en las zonas de entrada vinculándose a los ritos de paso y al tránsito entre las áreas profanas y sagradas. Muchas de estas ofrendas alcanzan tal volumen que parecen más ofrendas de tipo comunal que individual. Otro dato significativo es que la etapa de fines del s. I d.C. parece gozar de una intensa actividad constructiva y expansión que, sin embargo, se corresponde con una significativa reducción del número de monedas recuperadas. Wigg-Wolf lo interpreta como un cambio en las prácticas rituales y concluye que, aunque ciertos elementos son recurrentes e indudablemente hay unos patrones de deposición comunes, existen variaciones locales en función de la cronología.

Finaliza este libro con la aportación de C. Haselgrove (pp. 381-418) que constituye una revaloración de los depósitos monetarios en tres templos del territorio británico meridional. La organización global de estas deposiciones parece ser muy similar mostrando una concentración de ofrendas en un área frente al lugar central de culto siempre situado al lado izquierdo de la entrada. Además de las monedas se incluyeron otros objetos que parecen deliberadamente dañados y hay evidencias de banquetes y sacrificios de animales. Aunque la procedencia y cronología de

las emisiones varía de un lugar a otro, a partir del período flavio en los tres centros se acusa un fuerte descenso de las ofrendas monetarias paralelamente al desarrollo de los nuevos templos romanos y de las nuevas prácticas rituales. Uno de los principales aspectos desarrollado en este trabajo es el reconocimiento de que no todos los rituales mantienen conexión directa con las creencias religiosas ni con el mundo sobrenatural; es necesario considerar que existen rituales laicos documentados en un amplio abanico de contextos y que resulta difícil distinguir en muchos de estos depósitos si se trata de una simple acumulación de riqueza o si son ofrendas, aunque ambos conceptos no tienen que ser necesariamente excluyentes. Una interpretación alternativa podría radicar, a juicio de Haselgrove, en rituales relacionados con el proceso político y social tales como la formación de una alianza, la elección de nuevos gobernantes o la consolidación del ranking social.

A diferencia de los estudios anteriores, que se mantenían en la línea tradicional y centraban su atención sobre aquellos lugares sagrados o centros religiosos con restos estructurales conocidos, en esta ocasión nos encontramos con datos sobre prácticas deposicionales de carácter ritual en fosos u hoyos, o incluso depositados en superficie, que parecen responder a una planificación previa, a pesar de la ausencia de construcciones. De hecho, los focos de culto más tempranos en los que se han constatado ofrendas monetarias están vinculados a ciertos rasgos naturales que cuentan con un significado cultural o ritual como confluencias de ríos, áreas pantanosas y fuentes, cumbres prominentes o pasos de montaña.

Cada artículo incorpora su propia bibliografía, lo que es de agradecer ya que proporciona la ventaja de independizar la lectura de los diferentes trabajos, algo inevitable dada la magnitud de la obra.

Indudablemente el tema tratado es muy extenso y complejo lo que en gran medida justifica la existencia de omisiones y limitaciones como, por ejemplo, el hecho de que la documentación presentada y analizada se restringe al noroeste de Europa, y sobre Europa Central y meridional no se presenta ninguna documentación ni referencias en los análisis. El grueso de las publicaciones lo acaparan los trabajos sobre Britania y Galia. Sólo queda desear que otros territorios puedan presentar pronto el mismo nivel de información para poder hacer valoraciones globales o locales.

Una importante omisión es la de las monedas recuperadas en tumbas ya que en algunas áreas geográficas desde fines de la etapa prehistórica los contextos funerarios constituyen una alternativa a las ofrendas votivas y sacrificios.

Otra línea a profundizar es la de las asociaciones entre ofrendas monetarias y otros tipos de objetos encontrados en los lugares religiosos para comprobar, por ejemplo, si el tratamiento concedido a estos materiales sigue una misma línea o por el contrario es diferente.

Finalmente merece la pena destacar el esfuerzo realizado por incorporar la información que proporcionan las nuevas excavaciones. Así pues podemos felicitarnos por disponer de esta espléndida monografía sobre un tema que hasta el momento no había llegado a captar el interés de los investigadores pero que permitirá y facilitará el desarrollo de nuevas líneas de trabajo.

Cruces Blázquez Cerrato
Dpto Prehistoria, H.^a Antigua y Arqueología
Universidad de Salamanca